

¡Mujeres a la obra! Estrategias y obstáculos de inserción de las primeras mujeres al campo de la Arquitectura argentina (1929-1939)

DALDI, Natalia / INCIHUSA – CONICET MENDOZA - ndaldi@mendoza-conicet.gob.ar

Eje: Historia de mujeres en la Arquitectura ¹ Tipo de trabajo: ponencia

» Palabras claves: mujeres - arquitectas – campo disciplinar y profesional

Resumen

La historia de la Arquitectura universal, pocas veces, ha mencionado nombres de mujeres arquitectas que se hayan desempeñado en el campo profesional y disciplinar. Esta situación, también se refleja en la historiografía de la Arquitectura argentina. En nuestro país, estudios recientes han abordado la temática de las mujeres en relación con la Arquitectura, pero ninguno se centra específicamente en la problemática de inserción de las primeras mujeres al campo. El presente trabajo pertenece a una investigación mayor que busca comprender cómo se desarrolló el proceso de inserción de las primeras mujeres arquitectas al campo de la Arquitectura argentina, durante la década de 1930. A partir de ello, este texto se propone, por un lado, explorar algunas estrategias que desarrollaron las primeras mujeres para ingresar a un campo altamente masculinizado, y por otro, identificar los obstáculos enfrentados durante el proceso de inserción. Para abordarlo, hemos analizado las experiencias de cuatro mujeres egresadas de la década del '30 de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires (UBA), a partir de las categorías teóricas desarrolladas por Pierre Bourdieu en Teoría de la Acción: *Campo, Habitus, Capital, estrategia*, vinculadas con nociones propias de las Teorías Feministas: *violencia simbólica, división sexual del trabajo*.

> **Presentación**

Desde los inicios, la Arquitectura ha sido una profesión altamente masculinizada debido -entre varias cuestiones- a la falta de políticas de conciliación entre profesión y familia. En consecuencia, las mujeres quedaron excluidas de la historia de la arquitectura canónica que, de alguna manera, las consideró poco relevantes en relación con los proyectos “heroicos y extraordinarios” que realizaron los arquitectos varones, ubicándolas en un reducto pacífico de trabajo en la economía doméstica (Muxí y Montaner, 2015). En efecto, este mecanismo invisibilizador aún se ve reflejado en la Historiografía de la Arquitectura de nuestro país. Por ello, las arquitectas argentinas no cuentan con referencias históricas identitarias con su pasado femenino, el cual, participó activamente dentro del campo disciplinar y profesional, durante todo el siglo XX. Según Cirvini (2004), a principios de la década del '30, el campo de la Arquitectura argentina estaba consolidado y era reconocido gracias a la participación activa de sus miembros, pero se encontraba conformado en su mayoría por arquitectos varones. En efecto, desde la creación de la Escuela de Arquitectura en 1901 (dependiente entonces, de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la UBA) hasta 1928, se habían recibido un total 483 arquitectos hombres y ninguna mujer; recién en Noviembre de 1929, egresó la primera: Filandia Elisa Pizzul. Al cabo de dos años, egresaron de la Escuela dos arquitectas más: Nelly Nieburh y María Luisa García Vouilloz. A ellas se siguieron sumando otras que elevaron el número de egresadas a 19 al finalizar la década, sobre un total de 483 varones, en ese periodo. Así, la matrícula femenina alcanzó un total de 3.93% frente a un 96,07% de matrícula masculina. Además, la Escuela de Arquitectura de la UBA fue la única institución de la que egresaron mujeres arquitectas en ese momento en nuestro país, manteniendo como institución cierta hegemonía en el egreso femenino. En este sentido, las mujeres egresadas durante la década del '30 se constituyen en las “primeras arquitectas argentinas”.

A partir de este recorrido, nos preguntamos ¿cuáles fueron los recursos y estrategias que desarrollaron las primeras arquitectas para insertarse en un campo altamente masculinizado, como lo era el de la Arquitectura de los años '30?, ¿cuáles fueron los obstáculos con los que se encontraron estas mujeres? Para responder esas preguntas, hemos seleccionado las experiencias de cuatro mujeres que estudiaron la carrera de Arquitectura en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires (UBA) durante la década del '30, y que luego de recibidas, ingresaron al campo disciplinar y profesional, ejerciendo su profesión por más de 30 años. Las experiencias seleccionadas corresponden a la primera arquitecta argentina, egresada en 1929: Filandia Elisa Pizzul; a la cuarta arquitecta egresada en 1934: María de las Mercedes Arauz Obligado; a la quinta arquitecta egresada en 1936: Stella Elba Genovese, y la egresada número diecinueve en 1939, María Alicia Anzorena. Cabe destacar, que hemos seleccionado experiencias vividas en distintos periodos dentro de la década del '30, para tratar el rango temporal en su totalidad, y así, poder encontrar similitudes y establecer diferencias entre ellas. Por consiguiente, hemos sistematizado las fuentes de nuestro corpus empírico (Revista de Arquitectura; Boletines oficiales y Carpetas de correspondencia de la Sociedad Central de Arquitectos; Notas en diarios de la época; Entrevistas a las primeras arquitectas realizadas por la Lic. Di Bello en 1997), y a partir de ello, hemos establecido distintas variables de análisis en función de alcanzar el objetivo propuesto.

La ponencia se ordena en tres partes. En primer lugar, desarrollamos algunas categorías conceptuales de nuestro marco teórico, para comprender aspectos generales relacionados con la constitución del campo de la Arquitectura en nuestro país. En segundo lugar, exploramos dos estrategias que desarrollaron las primeras mujeres para ingresar al campo: la adquisición del *habitus* de los arquitectos y la conservación y aumento de los capitales; por otro lado, identificamos dos obstáculos con los que enfrentaron durante dicho proceso: la violencia simbólica y la división sexual de las tareas. Finalmente, adelantamos algunas conclusiones preliminares.

› **Las primeras arquitectas**

Nociones teóricas para el abordaje

Según la Teoría de la Acción de Pierre Bourdieu (1997), los campos sociales son espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias. En este sentido, entendemos al campo en el que se insertaron las mujeres (el campo de la Arquitectura) como un “espacio de juego” autónomo y reglado, con sus propias lógicas de funcionamiento, donde los agentes (hombres y mujeres) luchan constantemente para ganar posiciones dentro del él. Así mismo, el campo tiende a conseguir que, quienes entren en él, se interesen en el juego que allí se despliega (*Illusio*) aceptando sus reglas y condiciones; es decir, entendiendo el sentido del juego. Según el autor, el sentido del juego es lo que le permite a los jugadores (agentes) hacer infinidad de “jugadas,” adaptadas a la infinidad de situaciones posibles, que ninguna regla podría prever. De este modo, el agente adquiere autonomía en el espacio de juego, y a través del *habitus* como “disposición estratégica” de juego, realiza su distintas jugadas. Así mismo, según Bourdieu, el principio que distingue un campo del otro es el tipo de capital que está en juego dentro de él. En este sentido, un *capital* es cualquier tipo de bien (material o simbólico) susceptible de acumulación, en torno al cual puede constituirse un mercado. Bourdieu, distingue cuatro variedades de capitales que, a su vez, constituyen la gama posible de recursos con los que cuentan los agentes para luchar dentro del campo, y que, pueden conservar o aumentar: el capital cultural, el capital social, el capital económico y el capital simbólico.

1 Agradecemos especialmente a la Lic. Roxana Di Bello quien generosamente nos brindó una serie de entrevistas inéditas que realizó ella en 1997 a las primeras arquitectas egresadas de la década del '30 de la Escuela de Arquitectura de la UBA.

Las nociones propuestas por Bourdieu son funcionales a nuestro estudio, puesto que nos permiten comprender al campo de la Arquitectura como un “espacio de juego” en el cual los jugadores desarrollan distintas estrategias para realizar sus jugadas.

Por su parte, las nociones epistémicas utilizadas por las teorías feministas: *relaciones de dominación*, *división sexual del trabajo*, *violencia simbólica* y la categoría de “experiencia”, van a posibilitarnos tener otro enfoque capaz de develar cuestiones naturalizadas por el orden social patriarcal.

A menudo, la visión androcéntrica se impone como neutra, sin la necesidad de un discurso capaz de legitimizarla. Para Bourdieu (2015:37), el orden social tiende a ratificar la dominación masculina en la cual se apoya a través de la división sexual del trabajo, la cual se manifiesta a través de una distribución arbitraria de las actividades asignadas a cada uno de los sexos. Así mismo, esta división es una construcción social arbitraria de lo biológico, del cuerpo masculino y femenino, de sus costumbres, de sus funciones y, en particular, de la reproducción biológica, la cual fundamenta tal división, “naturalizándola”.

Asimismo, la violencia simbólica es una fuerza particular de la que disponen ciertos agentes sobre los otros, con su complicidad. Según Gutiérrez (2005: 40-41) se trata de una violencia eufemizada, socialmente aceptada, desconocida como arbitraria y con ello “reconocida” en la medida en que se fundamenta en el desconocimiento de los mecanismos de su ejercicio; que funciona, por un lado, a través de una “creencia” implícita, involuntaria, y no elegida por el individuo, y por el otro, como un derecho de entrada a un juego producto de una pertenencia a un determinado espacio de juego.

La noción de experiencia, por su parte, nos permite dar cuenta de aquello que resulta excedente, subsidiario o invisible a la ciencia legitimada como tal, señalando la condición política de un discurso declarado como neutral. En este sentido, la noción de experiencia nos permite dar testimonio de formas de dominio y opresión productora de sujetos subalternos (Trebisacce, 2016:289).

Recursos, estrategias de inserción y obstáculos

Recursos y estrategias de inserción

Según Cirvini (2004), la creación en 1901 de la Escuela de Arquitectura, en el seno de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Físicas y Exactas de la UBA, señaló un paso decisivo y trascendental en la formación profesional y especializada de los arquitectos. Esto significaba, por un lado, la posibilidad de autonomía en la formación de profesionales de grado respecto de la Ingeniería, y por el otro, permitía gradualmente modelar las prácticas acorde con una realidad propia, distinta a la europea. Así mismo, 1901 fue un punto de inflexión en la organización gremial de los arquitectos en tanto que la Sociedad Central de Arquitectos (SCA) fue prácticamente refundada (2004:41).

La Escuela de Arquitectura buscaba diferenciar su Plan académico del de la carrera de Ingeniería a través de la incorporación de materias de formación artística y talleres (2004:289). Así pues, hacia 1915, la enseñanza académica se apoyaba en el dominio del dibujo y en un profundo conocimiento de los estilos artísticos (2004:290). Para entonces, el Plan académico sufrió nuevas modificaciones dirigidas a perfeccionar la “inculcación” del habitus académico y al refuerzo en la formación artística de los alumnos (2004:292). Años más tarde, en 1929, se incrementó la carga horaria de materias y se incorporó la materia “Urbanismo”. Según la autora, a finales de la década del '20, el habitus académico de los arquitectos ya estaba “naturalizado” y podía diferenciarse claramente del habitus de los ingenieros (2004:294). En este sentido, el ámbito universitario fue el sitio privilegiado de la formación especializada e “inculcación” del *habitus* profesional a los arquitectos (2004:313).

Bajo este contexto, estudiaron las primeras arquitectas y, año tras año, fueron adquiriendo el habitus académico al igual que sus compañeros varones, conforme los objetivos del Plan académico de la facultad. Esto lo podemos observar, a través de las publicaciones que hacía la Revista de Arquitectura² en la sección “Trabajos de la Escuela de Arquitectura,” donde se difundían los trabajos de los alumnos destacados. En la misma, aparecen publicados, en múltiples oportunidades, los trabajos realizados por las primeras estudiantes, lo que da cuenta del buen desempeño académico que tenían estas mujeres. Así mismo, las nuevas

² Publicación oficial del Centro de estudiantes de arquitectura junto con la Sociedad Central de Arquitectos (SCA).

estudiantes participaban con frecuencia en los “Concursos anuales de Arquitectura y composición decorativa” que organizaba la Escuela, obteniendo los primeros lugares y recibiendo importantes premios (en dinero) y menciones honoríficas. Los concursos, también aparecen difundidos en la mencionada revista. Además, las experiencias observadas dan cuenta de que las mujeres participaban, al igual que sus compañeros varones, en distintas instancias de “inculcación” de los hábitos a los alumnos, como lo eran los “Encierros de Arquitectura”, que implicaban pasar “toda la noche” encerrados dentro de la Escuela haciendo un examen que se empezaba esa noche y entregaba a la mañana siguiente, y los “Viajes de Estudio a Europa.”

En suma, a través de la “completa” participación de las mujeres en las propuestas curriculares y académicas de la Escuela de Arquitectura hemos podido observar cómo el hábito académico, entendido como un sistema de disposiciones adquiridas, fue incorporado por las estudiantes y se convirtió en una “disposición estratégica” en la medida en que les permitió “formar parte” del grupo estudiantil, hablar el mismo lenguaje, y realizar las mismas prácticas. Además, el hábito adquirido, aumentó el capital cultural de estas mujeres. En relación a esto, hablaremos a continuación.

Si bien en Argentina, hacia los años '30, aun no era tan común que las mujeres estudiaran en la Universidad, el contexto social y familiar del que provenían las primeras arquitectas les aportó mucho a su favor. En este sentido, el capital cultural con el que ingresaron en la Escuela de Arquitectura fue la clave para el futuro desarrollo de sus estudios. En efecto, la mayoría de ellas había terminado sus estudios secundarios egresando del Liceo de Señoritas³, lo que significaba tener el paso directo a la Facultad porque las eximía de los exámenes de ingreso.

Asimismo, para el ingreso a la carrera, los aspirantes debían abonar una alta matrícula anual para ingresar, lo cual exigía una buena disposición de recursos económicos por parte de las familias para su pago. Por otro lado, todas las mujeres que aquí estudiamos⁴ contaban con al menos un familiar profesional (y en algunos casos, los dos padres eran profesional), lo cual les ofrecía referencias identitarias cercanas y directas, y, al mismo tiempo, las relacionaba con círculos sociales de un elevado nivel cultural (Sociedad de Beneficencia, Círculo de aviadores, etc.). Además, los viajes y el manejo de idiomas formaban parte de la vida cotidiana de estas mujeres.

Todo este capital acumulado que traían las primeras arquitectas fue volcado directamente en su paso por la Escuela de Arquitectura, en función, de ser acrecentado para volcarlo luego en el ejercicio de su profesión al campo disciplinar y profesional. Según Bourdieu, esta serie de recursos y bienes materiales y simbólicos de los que disponían las mujeres al entrar a la facultad (los capitales), funcionan como “condición de entrada en el juego”, es decir, como condición de entrada en el campo. En relación a ello, podemos advertir, a través de las distintas notas sociales que publicaba la Revista de Arquitectura, la intención estratégica de las primeras mujeres de acrecentar sus capitales sociales y culturales como herramientas de lucha desplegadas, posteriormente, dentro del campo.

En este sentido, la Revista da cuenta de la fluida participación de las mujeres en los distintos eventos sociales y culturales que organizaba la SCA: “Reuniones de camaradería” y las “Exposiciones de Arte y Arquitectura contemporánea.” A partir de ello, las mujeres podían, por un lado, mostrarse como futuras integrantes del campo y, por otro, establecer una red duradera de relaciones. Por otro lado, algunas estudiantes formaban parte del Centro de Estudiantes, lo cual les permitía acceder al comité organizativo de la Revista de Arquitectura. Y por consiguiente, algunas estudiantes escribían notas culturales y científicas que luego se publicaban en la Revista.

Obstáculos enfrentados

³ El Liceo de Señoritas de Capital Federal era una Institución académica prestigiosa que ofrecía educación secundaria sólo para mujeres y contenía un diseño curricular de 6 años.

⁴ Cabe destacar, que a fin de proteger las identidades particulares de las mujeres entrevistadas por la Lic. Di Bello, en el presente trabajo no especificaré el nombre y apellido de la arquitecta entrevistada, sino, que el testimonio simplemente saldrá citado como: “testimonios de una de las arquitectas egresada de la década del '30”.

Si bien, la carrera de Arquitectura históricamente había sido considerada una carrera “de hombres”, a finales de la década del '20 esta concepción comenzó a cambiar. Algunos testimonios de la década del '30, manifiestan que:

"(...) La entrada de la mujer trajo una cosa, varias ventajas. Una de ellas era que las mujeres entraron con un nivel de educación y de corrección mejores que los chicos (...) Y la enseñanza también, la entrada de las mujeres permitió acaparar, tomar más... más dimensiones, nuevas dimensiones y entrar en trabajos más interesantes." (Testimonio de un arquitecto egresado de la Escuela de Arquitectura durante la década del '30 en Di Bello, 1997).

Sin embargo, las experiencias analizadas nos muestran que el orden social patriarcal se manifestaba a través de varias cuestiones. Por un lado, la elección de la carrera se ve influenciada, en la mayoría de los casos, por la opinión de algún miembro masculino de la familia (generalmente, el padre, y en otros casos, el novio), porque la consideraba “una carrera más apropiada” para una mujer:

“a mí me gustaba ingeniería, y el que me fue a inscribir fue mi papá, y cuando volvió me dijo: ‘te he inscripto en Arquitectura, porque me parece mejor para una mujer’” (Testimonio de una de las arquitectas estudiadas en Di Bello, 1997).

Probablemente, esta asociación de la carrera de Arquitectura con la condición femenina se daba a partir de la cantidad de materias artísticas que la misma contenía, lo cual la acercaba más a las Bellas Artes que a la Ingeniería. Y, en este sentido, las Bellas Artes, se asociaban a oficios femeninos. Por lo tanto, entendemos que, a través de tal asociación, se produce una reproducción de la *división sexual de las tareas* que les asigna a las mujeres papeles socialmente distribuidos en la estructura social-patriarcal. Así mismo, la *violencia simbólica* es ejercida en tanto que la autoridad paterna -que elige por ellas la carrera según una concepción androcéntrica- les ofrece una cierta “protección” que parece “natural”, a la cual ellas adhieren inconscientemente, reproduciéndose así nuevas relaciones sociales de dominación. Por otro lado, pese al ambiente eminentemente moderno que habitaba en la Escuela de Arquitectura hacia esos años, algunas experiencias manifiestan la presencia de ciertas “reglas implícitas” relacionadas con un pensamiento patriarcal y diferenciador que las condenaba por su condición femenina, limitándolas al ejercicio de ciertas acciones:

“Cuando yo entré habían 150 muchachos, y la única mujer fui yo, entonces se hizo una votación para nombrar al delegado del Consejo, me nombraron a mí delegada ¿no? Y el Consejo dijo que mujeres no, tenía que renunciar y volver a llamar a otra votación. Dijeron: - ‘no, no, de ninguna manera la mujer, no’” (Testimonio de una de las arquitectas estudiadas en Di Bello, 1997).

Asimismo, algunos compañeros veían la llegada de las mujeres como una “competencia”:

“todos me adoraban porque yo era la única chica, pero cuando les empecé a ganar concursos, era un odio que me tomaron y empezaron las competencias.” “Había mucha competencia, ya te digo que cuando les gané los concursos me reventaron” (Testimonio de una de las arquitectas estudiadas en Di Bello, 1997).

Por su parte, algunos profesores ejercían violencia simbólica a través del hostigamiento verbal hacia las estudiantes, de esta forma se reforzaba el pensamiento patriarcal y machista:

“había un profesor que no sé cómo se llamaba, que por suerte me olvidé el nombre, que era misógino, y entonces a las mujeres nos reventaba. Era un ingeniero, insoportable. Todas las

mujeres sabes qué teníamos que transpirar... pero sangre para pasar. Decía que las mujeres no teníamos que estar en la facultad. Teníamos que luchar contra eso ¿no?. También tenía otro en métrica, el ayudante, que dijo: -‘ustedes deberían estar haciendo calceta y lavando platos’. Así que tenías que luchar contra esa bestialidad, los tipos eran insoportables” (Testimonio de una de las arquitectas estudiadas en Di Bello, 1997).

En relación a esto, sostenemos que la estructura jerárquica social-patriarcal que distribuía sexualmente las tareas, dentro y fuera de la Escuela de Arquitectura, sentenciaba aquellas tareas que eran realizadas por fuera de la lógica androcéntrica, la cual consideraba que las posiciones dominantes siempre debían ser cuestión masculina, y el resto debía estar subordinado. Asimismo, una de las experiencias manifiesta que, luego de recibida, comenzó a dar sus primeros pasos en el campo disciplinar a través del ejercicio de la docencia y nunca pudo ser titular:

“Después me nombraron en Perspectivas y Sombras, que estaba el Arquitecto Christensen, me nombró ayudante y trabajé dos años ad honorem, y entonces por ahí le digo yo: ‘yo necesito ganar dinero. Me gustaría que me nombrara’. Dice: ‘Lo siento mucho, pero a una mujer no puedo nombrar.’ ¿Y, por qué? ‘porque acá hay una idea de que las mujeres no pueden ser ni ayudantes, ni profesoras, ni nada.’ “Pero después cuando fui más grande, fui también, y no querían que fuera profesora, no me dejaron ser titular nunca, siempre fui adjunta, adjunta, adjunta. No me dejaban titular” (Testimonio de una de las arquitectas estudiadas en Di Bello, 1997).

› **Conclusiones preliminares**

Como la mayoría de las profesiones liberales, la Arquitectura, históricamente, había sido una carrera de hombres. En nuestro país, fue recién a mediados de la década del '20, cuando las primeras mujeres se animaron a romper el aislamiento de las aulas universitarias de la Escuela de Arquitectura de la UBA. Sin embargo, cuando las mujeres comenzaron a incorporarse, advirtieron en seguida que la Institución aún no estaba preparada para recibirlas, tanto en términos constructivos como ideológicos.

Por un lado, el edificio no contaba con sanitarios para las mujeres, por lo que las féminas debían dirigirse al edificio de Ciencias Exactas, donde sí había. Pero, por el otro, el pensamiento androcéntrico reproducía la estructura social-patriarcal de la época y las condenaba por su condición femenina. Sin embargo, las primeras arquitectas desarrollaron diversas estrategias para superar los obstáculos que se presentaron tanto al momento del ingreso a la Universidad como a la hora de la inserción al campo disciplinar y profesional. Luego de comprender la situación de desventaja en la que se encontraban frente al resto de sus compañeros varones, las primeras arquitectas entendieron que “la lógica del juego” al que ellas querían jugar (el juego de la Arquitectura) tenía sus propias reglas y condiciones. Asimismo, implicaba la disposición de una serie de recursos que, a modo de herramientas, pudieran ser utilizados dentro del campo, para realizar distintas jugadas. Sin embargo, la primera condición para participar en el juego implicaba “formar parte” del equipo de los arquitectos. De este modo, las primeras arquitectas se preocuparon por adquirir los hábitos, el lenguaje, los gestos, las lógicas de pensamiento, es decir, el habitus de los arquitectos

Por otro lado, comprendieron que la permanencia dentro de espacio de juego (el campo de los Arquitectos), la cual les permitiría realizar distintas jugadas y ganar posiciones dentro del mismo, dependía –entre otras cuestiones- de la cantidad y calidad de recursos acumulados a lo largo de toda su experiencia de vida. En función de ello, las primeras arquitectas buscaron conservar y aumentar sus capitales para salir luego al campo de juego más confiadas y más seguras de sus conocimientos, con mayores herramientas que les permitieran ser desplegadas, estratégicamente y en distintos contextos, dentro del campo disciplinar y alcanzar, así, el tan anhelado prestigio profesional.-

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. (1997). Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción. Barcelona: ANAGRAMA.
- Bourdieu, P. (2015). La dominación masculina. 9° Ed. París: ANAGRAMA.
- Cirvini, Silvia A. (2004). Nosotros los Arquitectos. Campo disciplinar y profesión en la argentina moderna. INCIHUSA-CRICIT, Mendoza.
- Di Bello, R. (1997). "La escuela de Arquitectura y los egresados de la década del '30: formación, ideología y praxis". 2° informe anual. Beca de Iniciación. Fac. de Arquitectura, diseño y urbanismo. Inst. de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo. Buenos Aires.
- Gutiérrez, Alicia. (2005). Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu. Ferreyra Editor. Córdoba. Argentina.
- Muxí, Z. y Montaner, J. (2015). La Construcción del Relato arquitectónico. SUMMA+, 143, 112-113.
- Trevisacce, Catalina. (2016). Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista. Cinta moebio, 57, 285-295.